

CRÍTICA DE ARTE

José Lorenzo Macías: vivencias míticas

Un año prolífico de trabajo ha hecho posible la exposición que el pintor pontevedrés José Lorenzo Macías presenta en el Hostal de los Reyes Católicos. Macías es un pintor claramente involucrado en la corriente popular. Se consustancializa con los valores autóctonos de nuestra tierra, representados a través de sus gentes.

Sus lienzos se remontan a más de cuatro décadas atrás, a momentos históricos en los que las aldeas estaban pobladas de campesinos, eran frecuentes los ritos, se jugaba, se bailaban muñeiras, cantaban más gaitas o se veían trajinar viejos carros tan ligados al vivir gallego.

Leyendas y hechizos

Estos cuadros son puro óleo y alientan el instinto de conservación de lo que fue una realidad, unas costumbres sociales prosaicas de muchas infancias pretéritas. Actúan a modo de fresco simbólico manteniendo viva la memoria del pueblo que vio nacer a Macías. Pueblo ausente de su paisaje o mar tan nuestro, porque al pintor lo que le interesa es controlar el espíritu del espectador a través de sus gentes. Sus personajes no responden a cánones naturalistas. En sus redondeces reviven leyendas, portan hechizos de un mundo

que se nos muestra como soñado, y del que sólo intuimos su aroma.

Una fuerza telúrica une a este pintor con la tierra, permitiendo que retome la prolongada iconografía medieval, aquellas fantasías que derrocharon los maestros canteros, o los tantos petos de ánimas levantados por la intensa piedad popular. En esta muestra tampoco está ausente la huella de los grandes renovadores, Laxeiro o Carlos Maside, y no impiden estos referentes que por sus lienzos desfilen sin pudor iconos de Rubens (como en 'O rapto das hermandiñas'), el espíritu picassiano o tónicas fauvistas.

Macías, manipulando a los personajes, crea un folclore picaresco donde no es raro encontrar rubios celtas de sonrisa comprensiva y corazón ino-



Por
Fátima
Otero

cente. Parece como si el artista quisiera proyectarse en esas miradas vivaces, cargadas de energía positiva, en sus rostros expresivos y ondulados cuerpos. Pretende unir su sentir al de sus fetiches porque ha agotado en ellos su caudal pictórico. Se acerca a ellos de la misma manera que se acercan los gatos, porque simplemente se hacen querer.

Apartado de sus estudios de arquitectura, Macías ha bregado por escalar peldaños hacia el prestigio de un quehacer pictórico respetable por su solidez y firmeza en su decir; por una pintura con la personalidad que porta un buen vino. Pintura que al saborearla nos embriaga de fuerte impresión cromática, de infalible firmeza. En su análisis espectral, a veces Macías se detiene en dos gamas, el blanco y el ne-

gro, intencionadamente, para realzar aún más la voluminosidad de las formas. Tonos éstos que se remontan a la Galicia rural donde eran las ancianas las vestidas de negro, y quienes dejaban el ramillete blanco a las más jovencitas.

En un reciente artículo firmado en estas mismas páginas por Paco López Barxas se preguntaba el conocido periodista que de dónde salía ese mundo de ensueño. Pues bien, podríamos contestar al articulista que Macías se nutre de las fuentes que da la propia tierra gallega, pero, además, de otros muchos orígenes.

La atmósfera dulce que es común a muchos de los cuadros expuestos recuerda ambientes rococós boucherianos; los colores fuertes en los que se apoya Macías tienen reminiscencias matissianas; las figuras geométricas de sus músicos recogen la temática de Picasso, que tantos discípulos aventajados tiene entre nuestros pintores más ilustres. Macías es él y todo lo que representa un buen aprendizaje basado en los maestros universales.

El estilo de este pintor seguirá la misma línea actual o continuará por otros derroteros, pero siempre quedará un fuerte poso colorista de un buen Macías.